

5. EL REINO Y LA RELIGIÓN. RELACIONES CON DIOS.

Si reflexionamos despacio los Evangelios -en los que se anuncia el Mensaje del Reino-, y la vida práctica de Jesús de Nazaret, observamos que ese Reino que anunciaba lleva en sus entrañas y encarna una revolución profunda en el concepto y en la vivencia de la religión.

La práctica religiosa, en primer lugar, debe centrarse en el hombre, no en el culto. La identificación, tan asombrosa, de Dios con el hombre sugiere que el culto a Dios debe darse a través del trato -otra forma de culto- al ser humano. ¿Por qué dijo el Señor que el segundo mandamiento es **semejante** al primero? Jesús rompió de hecho con la religiosidad oficial de las formas... Le interesaba algo más esencial y auténtico en la relación con Dios, lo que se sustanciaba en la relación con el hombre. De manera que el punto de encuentro con Dios es el ser humano, no el culto ritual ni el templo.

De ahí que no le preocuparan tanto las diferencias religiosas, como puede apreciarse en Lc. 9, 49-56 y en 17, 11-19; así como en Jn. 4, 4 ss. (29) Estos detalles muy significativos merecen una reflexión más amplia:

Vimos en el capítulo anterior cómo para Jesús el hombre es un valor superior a todas las costumbres, ritos y normas religiosas. En otras palabras, el hombre está por encima del sistema, sea “sacro” o simplemente social. Y cuando el sistema se impone al hombre, Jesús se posiciona abiertamente en contra y no respeta ese sistema, que para Él, entre otras cosas, está simbolizado en el sábado. (Mc. 2, 23-28 y Lc. 13, 10-17) (30)

Hay que advertir además que cuando el sistema sacro invierte los valores, sometiendo al hombre, cae por una parte en la idolización de las normas y tradiciones, y por otra en la hipocresía, en la inautenticidad, que es lo opuesto a la verdad religiosa y al Reino. Y esa hipocresía también la denunció Jesús abiertamente. Reino y sistema religioso -jerarquizaciones, segregaciones, legalismo, sábados, normas duras, alejamiento de los pecadores, connivencia con el poder, negocio templo, carrerismo...-, no son compatibles. El culto es el respeto, la misericordia, la bondad, la justicia, y no el poder, el abuso, el sacrificio, el mercantilismo de lo sagrado o el negocio... Estas ideas las vamos a reflexionar más detenidamente a continuación.

Veamos, pues, en qué consiste la religión a la luz del Reino. Si religión es religación -como tan bien expuso Zubiri-, para el Reino esa religación exige y se manifiesta como:

(Pido disculpas cuando reincida de nuevo en algunas ideas. Los temas se interrelacionan mucho y me evocan ideas ya expuestas, que me parece oportuno volver a recordar, aunque sólo sea para profundizar un poco más en ellas.)

5.1. Conversión interior

Que es vuelta hacia Dios desde lo más profundo de uno mismo, es decir, conversión en pura autenticidad. Autenticidad que toca incluso estratos inconscientes y de alguna manera los reconvierte, al menos en parte. Es así cuando de verdad se puede decir que el Reino está dentro de nosotros. (Lc. 17, 21) La conversión es más, mucho más que puro bautismo de agua o que formalidad externa con asistencia a ritos y cumplimientos pascales. Ese tipo de conversión o bautismo, sólo o más bien externo, no lo quiere el Señor.

Como muy bien se expresó el evangelista, Jesús no bautiza en agua, como Juan, sino **en el Espíritu Santo**. (Jn. 1, 33) Y bautizar en el Espíritu Santo supone transformación interior a fondo, radical, que en realidad es tarea de toda la vida. El bautismo de Jesús no se queda en mero símbolo; va más allá: es, como digo, conversión interior real y auténtica, que equivale a una transformación alimentada por el Espíritu con un amor humilde. Y esa autenticidad de conversión es lo que da validez, eficacia y sentido al bautismo cristiano, no el mero rito externo de agua.

Esto se subraya muy bien en Hechos, cuando se dice -y enseña- que se puede recibir el Espíritu antes que el bautismo. (He. 10, 44) El bautismo es la confirmación externa de ese nacimiento interior, que es más que mero rito. “Seréis bautizados en el Espíritu”. (Mt. 3, 11; Mc. 1, 8; Jn. 1, 33 y He. 11, 16)

El pasaje de Hechos, 10, 44, hace pensar... Recibieron el Espíritu antes, **sin estar bautizados**... Lo cual fue toda una lección que sorprendió al mismo Pedro. Como vimos, Pedro, después de Pentecostés, seguía aprendiendo lecciones relativas al Espíritu y al proceso dinámico de la extensión del Reino. Con Pentecostés no se le reveló todo ni lo entendió todo. Fue aprendiendo, humilde, a comprender mejor el Reino con el tiempo, con los acontecimientos que vivía y presenciaba. Entendía que Dios le hablaba por y en ellos. Sólo que él, humilde, lo aceptaba.

Cosa que no ocurriría más tarde..., y se intentaría controlar y someter de hecho al mismo Espíritu, bajo el amparo de que **la revelación estaba absoluta y definitivamente cerrada**..., como hicieron los hebreos con el A. T. (siglo VI a. C.), y más tarde los musulmanes (siglo VII), cuando Jesús la dejó al menos con un cierto margen de apertura. ¿Cómo interpretar sino las palabras: El Espíritu **os irá revelando** la verdad completa...? ¿Y a quien me ame, le amaré y **me revelaré** a él? (Jn. 14, 21)

¿Cómo interpretar a Francisco de Asís o a Teresa de Ávila, por ejemplo? ¿No se revela -y nos enseña- también en ellos y a través de ellos, a fin de que en algunos aspectos entendamos mejor su Reino? (Digo “en algunos aspectos”, porque en otros, limitados por las cercas de su tiempo, pueden no haberlo entendido bien, con la amplitud necesaria...)

Se entiende -creo yo- que a través de la historia y de las distintas generaciones, que habían de creer en Él, se va entendiendo con más profundidad el Reino. Si el Espíritu sopla donde y como quiere, ¿por qué ponerle límites de tiempo, si sabemos que sigue actuando y revelándose, como Él dijo, y haciéndonos ver más claro el **espíritu** de su Reino, y asimismo haciéndonos ver también cada vez más claros los **errores** cometidos en su nombre? ¿No equivale esto a ir comprendiendo cada vez mejor el espíritu de su Mensaje? ¿Este comprender mejor con el tiempo no cabe en las palabras citadas de Jn. 14, 21, y por tanto no llevan en sí algo de enseñanza, de cierta revelación? Recuérdense las palabras citadas de Juan XXIII: No hemos cambiado el Evangelio, sino que **hoy** lo entendemos mejor. En ese entender mejor con el tiempo ¿no hay un poquito de revelación del Espíritu?

Me pregunto si se ha reflexionado y entendido suficientemente la lección **vivida por Pedro** en Hechos, 10, y si hay todavía algo más por aprender... Con la aparición del Señor a Pablo y su conversión, se rompieron algunos moldes que se iban creando en torno a los apóstoles, como ser o no ser apóstol... ¿Con la venida del Espíritu sin bautismo qué nos está diciendo el Señor? Ciertamente que para Él hay más puertas de acceso que el bautismo de agua. Que Dios tiene otras vías de acción salvífica, al margen de las prescritas por la Iglesia. Que el verdadero bautismo, el más auténtico, es la conversión interior por el Espíritu. Que el bautismo de agua es la confirmación oficial de ese cambio, válido si la conversión interior es auténtica.

Esta lección de Hechos se ha vuelto a repetir más de una vez en la historia. En el siglo XX vemos el caso de Simone Weill, que, tal como se expresa en su libro “*A la espera de Dios*”, se encontró con el Señor. “El mismo Cristo descendió y me tomó”, dice. ¿Acaso alguien podrá negar razonablemente que S. Weill tuvo una experiencia especial de Dios, que creyó en Él y se convirtió en su interior, sin sentir la necesidad del bautismo de agua dentro de la Iglesia? En algunos momentos de su vida, ¿no se percibe la presencia del Espíritu? El bautismo de agua, en su caso, no le parecía necesario. Le bastaba el bautismo del Espíritu. Ésta es al menos la impresión que uno tiene cuando la conoce y lee algo de lo que escribió.

¿Todo esto plantea además alguna pregunta en torno al bautismo de niños recién nacidos? ¿No se halla implícita la necesidad de una revisión de la doctrina que lo promovió? Recordemos las palabras de Häring, que ya vimos...

Pero estos hechos quieren decirnos más: que no podemos ni debemos atrevernos a encorsetar a Dios con fórmulas rígidas o excluyentes, porque lo deformamos. Recordemos el “*extra Ecclesiam nulla salus*”, suscrita incluso por papas... No nos apeguemos a normas que estrechan la mente, por muy venerables que

sean o parezcan. Mantengamos la mente abierta, conscientes de que el Espíritu no está sujeto a normas, pues sopla donde quiere y como quiere. El Amor es libre.

Estas últimas palabras, que repetimos frecuentemente y a veces en tono festivo, quizá deberíamos meditarlas más ante el mismo Espíritu, y pedirle excusas y perdón por tantas rigideces, obstrucciones, suficiencias y normas humanas definitivas, que equivalen a muros o puertas blindadas... La creatividad del Espíritu es así: supera las normas establecidas... Más aún: ¿No sugiere que no abusemos de las normas y que nos cuidemos de establecer límites precipitadamente en nuestro magisterio?

No se puede pensar que uno está verdaderamente convertido, mientras trate de compaginar valores claramente no cristianos con su bautismo cristiano. Dios y poder, Dios y dinero de injusticia, por ejemplo. No todo sedicente cristiano es auténtico. Como diría Pablo, puede ser falso. Sólo con atención vigilante y con confianza humilde podemos confesarnos tales. Porque se puede falsificar la marca, como ha ocurrido frecuentemente en la historia, incluso de buena fe. Si creemos entender y entendemos mal...

Hay pecados de infidelidad por flaqueza, pero también pecados de falsificación contumaz, sistemática..., por ceguera o por interés o por apego irracional a tradiciones o por fanatismo... Y de esto en la historia de la Iglesia hay muchos ejemplos, que no deberíamos olvidar, a fin de no volver a incurrir..., a fin de ser más humildes y auténticos, a fin de ser más cautos y prudentes.

En otras palabras: ¿Las Iglesias cristianas no necesitan, en buena medida, convertirse al cristianismo, al Reino que anunció Jesús de Nazaret, y por ello manifestarse más abiertas al Espíritu? Más abiertas, no cerradas con fixismos sacralizados...

Resumo: conversión no es sólo convencerse de una verdad o valor. Pensar que con el convencimiento uno ya es cristiano, es un error grave, es caer en el “pensamiento mágico” que tan bien destacó Raths en su educación en valores, y que la psicología evolutiva describe como característica de la primera **infancia**. Si no asumo lo que racionalmente me convence, si no lo interiorizo y logro un cambio interior en mí, no hay conversión, es decir, no hay bautismo del Espíritu.

El bautismo de agua no es un pensamiento creativo de Jesús, es una copia o influjo del Bautista. El bautismo creativo de Jesús es el bautismo del Espíritu, que representa un paso más profundo, tal como se expresa en los textos citados. Sin éste, el bautismo de agua sería sólo un mero rito. “El Espíritu es el que da vida”. (Jn. 6, 63) Por eso Jesús insistió: “Hay que nacer de arriba”, del Espíritu, no del agua. (Jn. 3, 3)

5.2. Movimiento religioso laico y fraterno: sentido de familia

La religión del Señor también se manifiesta como movimiento religioso laico, fraterno, humilde, democrático -nunca teocrático ni jerárquico dominador: “no sea así entre vosotros”-, sino profundamente servidor, inspirado en un fuerte sentido de trascendencia, con Dios siempre al fondo como esperanza. Jesús quiso un grupo testimonial fraterno, radicalmente igualitario y libre -admite la pluralidad e incluso tolera la cizaña en su viña-, fundado en la unidad del amor y del desprendimiento como testimonio básico, siempre humilde. Lo que no quiso fueron refritos ni odres viejos ni hipocresías ni ambiciones, ni normas que estén sobre el hombre... (Por supuesto, tampoco la cizaña, que sólo admitió como inevitable en nuestra circunstancia encarnada: un mal ineludible.)

Quiso un testimonio humilde, sencillo, lúcido y lleno de fortaleza, propio de quien sabe que se halla en el buen camino y no va solo; propio de quien ve y no es ciego que se pierde fácilmente por otras vías...

En este sentido, el movimiento que crea Jesús debe ser luz y fermento de transformación social, como ya insinuamos y expondremos con más detenimiento un poco más adelante. El movimiento evangélico no mira sólo a la Trascendencia, mira también a la inmanencia, la tierra, la sociedad, y desea transformarla, no para dominarla egoístamente, sino para lograr un desarrollo más ordenado y humanizador del hombre.

Este movimiento no discrimina ni relega a nadie, aunque se siente mejor entre los más humildes y pecadores arrepentidos... (Bueno, sólo se permite una discriminación a favor de los débiles, de los desheredados, de los sufrientes y marginados, entre los que se encuentra en muchos casos la mujer, sobre todo en algunas culturas, e incluso en religiones.)

Lo que está poniendo de manifiesto son valores que tienden a una justicia social más humanizadora, más a favor del ser humano. No olvidar que el movimiento religioso de Jesús es fraterno e integrador, -no juez ni condenador-, dirigido a favorecer el desarrollo del hombre, y por tanto no tolerante con la opresión. (31)

La invitación al anuncio del Reino, más que “enseñad y bautizad” -probable transformación de los primeros cristianos por influjo de Juan Bta., según algunos expertos-, ¿no sería “**anunciad y curad**”, anunciad y ayudad a liberar del sufrimiento, a trabajar unidos a fin de crear algo de bienestar en vuestro entorno, como recomendó a sus discípulos cuando los envió como ensayo a anunciar el Reino, de dos en dos? (Mt. 4, 23; 10, 5-10 y Lc. 10, 9) Es decir, dad testimonio de Mí sin más interés que el Reino de Dios y el bienestar del hombre.

En esto consistía -creo yo-, el movimiento religioso, laico y fraterno, de Jesús. Movimiento transformador y liberador de las personas, de las instituciones religiosas y sociales opresoras, siempre con vistas a la dignificación del ser humano y a su futuro, el Padre, que nos ama y espera... En esta perspectiva, la Iglesia sí que tiene futuro..., y el hombre la necesita.

No olvidemos que Jesús no era sacerdote, era un laico profundamente creyente. Era el Enviado de Dios Padre **encarnado en un laico**. ¿Este dato -real para el creyente-, no sugiere nada verdaderamente innovador? ¿No sugiere que tal vez la estructura clerical y jerárquica, introducida algo más tarde en la Fraternidad de Jesús, obedece más bien a influjos históricos y viejotestamentarios? Como observan -y repiten- muchos teólogos hoy, el sacerdocio levítico, jerárquico y segregado, no tiene ningún apoyo en el Nuevo Testamento: ni en los Evangelios, ni en Pablo, ni en la carta a los Hebreos. Como mucho se admite un sacerdocio colectivo. (1Pe. 2, 5-9) El sacerdocio levítico, clerical, es viejotestamentario; no pertenece al pensamiento innovador y creativo de Jesús de Nazaret.

5.3. Organización democrática y dirección como servicio

Jesús quería que la Fraternidad -familia de hermanos que le siguieran- estuviera organizada y bien asentada en roca firme. Pero también quería una dirección humilde, que guiara como buen pastor; no que tratara a sus seguidores como ovejas o ganado, sino como hermanos iguales. (32)

La dignidad y el elevado concepto que Jesús tenía del hombre no permitía ejercer sobre él ningún tipo de dominio o poder. Para el Señor los puestos de dirección eran comisiones de servicio, sin poder sobre nadie. Y el servicio a las personas -hermanos, iguales- está atento a las necesidades; pregunta, escucha, consensúa lo más posible, acuerda colegiadamente, traza objetivos en grupo y es el primero en respetarlos.

Su última palabra la ejerce pocas veces: sólo cuando la necesidad es grave y obliga. Si las cuestiones planteadas no están claras, espera, no se precipita, a fin de dar tiempo a que algunos conceptos o interpretaciones maduren más. El buen servidor es muy consciente de que el servicio, sirve y escucha; por eso no abusa, no se impone, no manda por su cuenta. Sabe que si se piensa más como “pastor” de ovejas -o jefe- que como servicio a hermanos, se caerá poco a poco en el poder autoritario y en la infravaloración del hombre -oveja-, por lo que lo mismo la pone al **hombro** - cuando está herida- que la excluye, abandona o sacrifica...

El buen servidor trata de ser bondadoso y equilibrado, pero también sabe ser firme en un momento dado, excepcional, si la situación lo requiere. Esta es la cruz del mando, cuando no se busca.

Sólo en casos extremos, que verdaderamente amenacen la unidad, sugiere el Señor el recurso a **un grupo** comisionado para ello, que ejercerá siempre dentro de los límites del trato fraterno, humilde y respetuoso. Nunca desde la condena, inspirados en la suficiencia, en el orgullo, en la superioridad o la soberbia. (Mt. 18, 15 ss. y Lc. 17, 3 s.)

Jesús no quiere estructuras patriarcales ni gestos de poder magistral superior. Las palabras “no os dejéis llamar padre, ni rabí, ni maestro, ni directores”, ¿no quieren decir nada? ¿Acaso las olvidamos porque resultan incómodas y crean disonancia con nuestro ejercicio del poder y no de servicio, y sobre todo con nuestro afán de dictar magistralmente de una vez **para todos los tiempos**?

Por todo ello, entre los servidores de Jesús no caben jerarquías ni estratos y menos aún monarquías con poderes absolutos... Más que buenos mandos y estrategias, Jesús pensó en testigos auténticamente humildes y bondadosos, aunque no descartó que fueran prudentes y sagaces, como sagaces son los hijos de las tinieblas. No quiere mandos ingenuos, torpes o suficientes -y lo dice expresamente-; pero insiste más en que sean buenos testigos, es decir, que den testimonio real con su vida de entrega y servicio a los demás. Si son humildes serán más conscientes de la posibilidad de cometer errores, y escucharán más, y serán más prudentes, y estarán dispuestos a reconocer errores cuando ocurran... Porque no endiosarán su función de servicio.

¿Acaso en Mt. 20, 25-28 y 23, 11, en que insiste en la autoridad como servicio humilde, se insinúa por parte del evangelista una previsión o tal vez una velada crítica a la incipiente jerarquía que ya estaba emergiendo a finales del siglo I en algunas comunidades cristianas?

Pues bien, si no caben jerarquías ni monarquías, tampoco caben, como se sostiene en Hebreos, mediaciones o intermediarios ante Dios Padre. Sólo Jesús con el Espíritu desempeñan esa función. Por lo mismo, los privilegios, las aristocracias “espirituales” sacerdotales, jerarquizadas, **propias del V. T.**, no caben en el Reino de Jesús. La grandeza sólo depende de la calidad-perfección del servicio prestado, y ésta la evaluará Dios más que los hombres.

En el N. T. el sacerdocio no puede ser más que un servicio delegado por la Comunidad con Pedro al frente -una comisión de servicio-, que puede retirar cuando lo considere necesario, como de hecho ocurre en algunos casos. Insisto: El sacerdocio en la Iglesia, tal como se ha concebido y estructurado en la historia, no es un pensamiento creativo de Jesús. Es una copia del V. T., pese a Hebreos y a 1Pedro, 2, 5-9. (Por eso una pregunta: ¿Tienen sentido evangélico las palabras de algunos sacerdotes -incluso jóvenes-, que al final de la misa dicen: “Inclinaos, que os voy a dar la bendición de parte de Dios”? ¿Dónde y con qué espíritu los han formado?)

Todo esto sugiere otro tipo de organización en la Iglesia, organización nada fácil de llevar a cabo, pues requiere mucha madurez personal y una profunda conversión interior del hombre al Reino, a fin de no adulterarlo.

La organización interna y externa del Pueblo de Dios en la tierra es una tarea que exige revisión constante, mucho espíritu de Dios en los que se encuentran en comisión de servicio, y humildad para poder discernir las posibles y probables contaminaciones, para no resistirse, para reconvertir esa organización al espíritu del Reino.

Porque el peligro de imitar e incorporar el sistema social a las estructuras organizativas del Reino es constante. Más aún, ese peligro se ha hecho tan real y presente en la misma Iglesia a través de los tiempos que en algunos aspectos ha perdido la capacidad de discernimiento. En otras palabras, la Iglesia se ha mimetizado tanto con su entorno, que a veces le ha resultado difícil discernir, en este tema de organización, lo que responde al espíritu del Evangelio y lo que es copia de la circunstancia histórica, poco o nada compatible con el Reino de Jesús.

La renovación de las estructuras organizativas de la Iglesia, **sin categorías jerárquicas sacras**, es una conversión pendiente y cada vez más urgente. Esa estructura de organización, de poder y en parte también de pensamiento impositivo, ha creado una enorme pasividad en la fe y en la acción de la Iglesia -tanto de católicos como de ortodoxos, anglicanos e incluso en parte de luteranos-, que ha paralizado iniciativas apostólicas en muchos creyentes y ha impuesto, como consecuencia, una rutina de vida cristiana, con muy poco compromiso. La jerarquización, junto con algunas estructuras en exceso sacralizadas, controla fácilmente la iniciativa novedosa, propicia la pasividad y el sometimiento, que conduce a la rutina, a la tibieza y a la decadencia.

Movimientos renovadores de base que aparecen espontáneos y llenos del mejor espíritu, pues se inspiran en la carta magna del Evangelio, las Bienaventuranzas, en vez de recibir apoyo y estímulo, frecuentemente son vigilados y marginados por la autoridad... Esto me parece muy grave, pues de alguna manera ahoga el Espíritu, que también queda sometido a la autoridad, copia ésta del medio, no del Evangelio.

Recuerdo con frecuencia la observación y lamento que me hizo una misionera seglar en África: “Los cristianos de algunas otras confesiones y los musulmanes trabajan y se comprometen más por la gente que los católicos de esos mismos lugares. Éstos se mantienen muy pasivos, se conforman con cumplir con el culto, dan menos testimonio de su fe”.

Aunque esta afirmación no pueda generalizarse en exceso, cabe decir que esa pasividad -evidente en muchas comunidades e iglesias-, es el efecto del exceso de autoridad y de control “jerárquico” de siglos, que tienden a crear pasividad e incompromiso, así como a relajar las exigencias de la fe, favoreciendo la tibia rutina, que muchas veces acaba en un alejamiento progresivo de esa estructura jerárquica y de la misma práctica religiosa...

Recuérdese de nuevo la observación de Ortega, expuesta en la Introducción, sobre los efectos de una adaptación al medio, mal entendida, en relación al tema de este capítulo: Barre los creyentes comprometidos y creativos de sobre la faz de la tierra.

Con estas reflexiones no cuestiono la función de servicio de algún tipo de sacerdocio -desacralizado y desjerarquizado-, que presida en la Iglesia; tan sólo manifiesto una visión más fraterna, más abierta, más próxima, más integrada en la fraternidad del Señor, en línea con 1Pe. 2, 5-9, y con teólogos de hoy -y algunos de ayer-. Con estas reflexiones sólo cuestiono el exceso de autoritarismo jerárquico, supercontrolador, que -me temo que sin escuchar al Espíritu, al Espíritu del pasaje ya citado de Hechos-, somete y sofoca cualquier movimiento de innovación dentro de la Iglesia.

¿Se puede dar un pensamiento creativo en las bases o entre docentes, que no sea rápidamente cuestionado por la autoridad, si a ésta no le gusta, aunque la siguiente autoridad pueda llegar a reconocerlo? En una organización muy autoritaria y controladora es muy difícil ser creativo, como lo fue y le ocurrió a Jesús de Nazaret. Para ella creatividad es salirse del cauce, es disidencia y rebeldía, es ir contra la tradición y lo correcto... No percibe que esta actitud puede llevar, y de hecho muchas veces lleva consigo empobrecimiento y anemia espiritual, cuando no deformaciones más graves...

Pero hay un tema más, relacionado con el espíritu de la organización que quiso Jesús: El contenido de la organización no acaba en el servicio, que ya es mucho. El servicio responde y se apoya en el concepto de fraternidad e igualdad humana; se apoya en el concepto de la dignidad humana.

El servicio, en vez del poder, es la consecuencia del concepto tan elevado del hombre, que Jesús considera de hecho como un valor absoluto. Ante el hombre no mandes, sino escucha, consensúa, coopera, sirve. Lo cual lleva implícita una concepción democrática de la convivencia humana, que debe manifestarse en primer lugar en el Pueblo de Dios. Es cada vez más difícil entender una organización jerárquica y monárquica absoluta dentro de la Iglesia, porque disuena con el espíritu del Evangelio de Jesús de Nazaret. En mi opinión, la Iglesia del Reino o es profundamente democrática y fraterna o no es evangélica.

El espíritu democrático, como un primer paso -insisto de nuevo-, se inició en Grecia, pero era una democracia oligárquica, selectiva. El auténtico espíritu democrático, en el pleno sentido de la palabra y en su significado más profundo, nace con Jesús de Nazaret. Pero sus discípulos **servidores** -en esta palabra puso mucho énfasis el Maestro-, no la entendieron adecuadamente, condicionados por el medio, acaso de buena fe, y por sus propias apetencias humanas, no cristianas. (¿La democracia tan restringida y elitista, que se observa en la Iglesia de hoy, no se parece más bien a la democracia selectiva, elitista, de la Grecia clásica?)

El hecho real es que se jerarquizó y en muchos casos dejó de servir..., como quería el Señor. ¿Por qué, qué quiso decirnos el Señor, cuando, tras lavar los pies a sus discípulos, les preguntó si habían **entendido bien** la lección que acababa de darles? Lavar los pies, que es servir humildemente, ¿no es también una lección que elimina distancias, estratos, jerarquías...?

Merece la pena reflexionar cómo la sociedad va evolucionando en sus estructuras: de jerárquica y monárquica vitalicia, con poder absoluto, está pasando poco a poco, gradualmente, a democrática -desde hace tan sólo poco más de doscientos años-, y, como digo, muy lentamente, parcialmente -a veces con altibajos-, a causa de los poderes fácticos que la amordazan por intereses creados, tradicionales, que en muchos casos consideran vitalicios y dinásticos.

En la Iglesia, organizada en la historia, se ha copiado el modelo de autoridad absoluta de las sociedades civiles (y viejotestamentarias), y se ha bloqueado la idea creativa del Señor: La democracia con todas sus consecuencias, empezando por y entre sus seguidores. La democracia -que Jesús llama fraternidad, y que en el fondo va más allá de la mera democracia, pues es más bien **comunión**-, y el poder -que concibe como **servicio** a los hermanos-, se hallan en la esencia del mismo Evangelio. Ésta es otra conversión pendiente y urgente. Ésta es otra idea creativa de Jesús.

Pero las fuerzas conservadoras, tradicionalistas y antiinnovadoras, se opondrán con todo su poder, como en su día hicieron con el Señor, que traía innovación personal, religiosa y social... ¿No está ocurriendo así, aún hoy, con el actual papa Francisco, moderadamente innovador, por parte del estamento más conservador y tradicionalista que se encuentra en su mismo entorno? ¿Cómo interpretar la resistencia cerrada de algunos “altos mandos” -con publicaciones incluidas- contra la postura aperturista en el sínodo sobre la familia, postura aperturista que el papa respalda...? ¿Cómo se explica el interés de algunos, defensores del tradicionalismo, en decir y escribir que el papa Francisco no es teólogo -¿teórico?-, con el fin de restar valor a sus enseñanzas innovadoras?

Si el Espíritu es sustancialmente amor y el amor es libre, es decir, si no está sujeto a normas rígidas, intocables e irrevisables y por ello es innovador, el tradicionalista -incluso de buena fe- no entiende al Espíritu y cuestiona a Pedro fácilmente. Su referencia no es el Jesús creativo y flexible, sino su tradición, su vieja tradición. (Desarrollaremos este tema un poco más adelante.)

5. 4. Culto al ser humano

El culto se halla íntimamente relacionado con lo divino, con valores absolutos. El único valor absoluto por naturaleza es Dios, pero el hombre también lo es por adopción, por ser imagen y semejanza de Dios; de alguna forma, por representarlo en la tierra, es decir, porque el Señor se ha identificado con él. Esa identificación le confiere un valor absoluto; en cierta manera, un valor divino. (Mt. 25, 40-45) Por algo insistió el Señor en que el segundo mandamiento es semejante al primero.

El amor a Dios es inseparable del amor práctico al hombre, y tratar de separarlos sería distorsionar el mensaje y mandamiento del Maestro, sería engañarse y mentir.

Cuando el Señor dijo: “El Reino está dentro de vosotros” (Lc. 17, 21), y cuando en otra ocasión añadió: “Vendremos a él y haremos en él nuestra morada” (Jn. 14, 23), ¿qué quiso decirnos? Sencillamente que el templo verdadero de Dios es el hombre. ¿Hay algo más sagrado y más inefablemente creativo?

No busquemos a Dios en otro sitio, aunque esté en todas partes. El verdadero templo consagrado no es el de piedra; es el hombre, y mucho más si está convertido por dentro. La estancia preferida de Dios es el corazón del hombre.

No andemos despistados: quien busque a Dios que sepa que lo encuentra en primer lugar, preferentemente, en el hermano, no bajo las columnas de un gran templo de piedra o de mármol, por muy consagrado que esté.

El hombre, como morada de Dios, es un auténtico sagrario, que como tal requiere culto. Los textos citados nos lo están diciendo: El culto que Dios prefiere es el culto al hermano. No lo quiere para Sí, pues no lo necesita. En el culto al hermano Él se siente “pagado” y glorificado. ¡Tanto nos ama! Ese culto se manifiesta en un trato digno, justo, respetuoso, solidario, fraterno. Se sustancia en el amor. ¡Tan grande es la creatividad del amor!

Como digo, a Dios no le interesa el culto al margen del hombre, ni el templo de piedra construido para su gloria a costa del hombre o del mismo nombre de Dios (con indulgencias, por ejemplo). Dios no se autoendiosa con cultos litúrgicos que ensalcen su gloria. No le interesan, no los necesita. No lo convirtamos en un dios **narcisista**. Lo único que quiere es que le demos culto a través del hombre, su templo preferido. Su gloria y su gozo es que respetemos y amemos al hermano. El verdadero objetivo, cuando damos gloria a Dios en el culto, es que tomemos conciencia profunda y humilde de que nuestra situación es un regalo de amor y fraternidad que no se autoendiosa; es toma de conciencia de que somos una gran familia de hermanos, de que **amamos a Dios amándonos mutuamente**; de que Él es **nuestro** Padre y Madre.

Y admirablemente este culto de amor al hombre es **lo que más nos conviene** a nosotros, pues nos hace crecer, nos madura y nos acerca más a Él.

Reitero: Amando, nos hacemos bien a nosotros mismos. Amando, nos amamos. El mejor modo de mirar por nosotros, de madurar y crecer, es amar. No hay otro camino: el amor al hermano carga nuestras baterías, nos enriquece, nos humaniza y nos eleva a Dios, y por eso borra nuestras culpas. Y a la inversa: la falta de amor, la soberbia, el egoísmo, agotan nuestras mejores baterías..., nos dejan vacíos, en la miseria. (Esto no es fácil entenderlo desde una visión encapotada, telúrica o egocéntrica...)

Las celebraciones en el encuentro eucarístico deben tener esta finalidad: celebración con el Señor en un encuentro fraterno de familia, encuentro que nos lleve a profundizar en nuestra identificación con Él, y por lo mismo también a desarrollar una conciencia solidaria, una conciencia de afecto y de entrega a los hermanos.

Recordemos que el mandamiento **nuevo**, que es encuentro y amor fraterno, lo propuso inmediatamente después de la cena, de la eucaristía.

He aquí, pues, el templo y el culto fundamental que Dios quiere: El hombre, mirar por el hombre, comenzando por el más débil y necesitado, insisto.

Pero este tipo de culto y religión no es fácil: Requiere mucha purificación interior, mucha conversión íntima, exige esfuerzo personal. El amor no nace solo, es el fruto de siembra y cultivo esmerado, y de buena poda. El amor es una cosecha de madurez, es una conquista de plenitud humilde y de libertad interior, que ha superado el sometimiento a los ídolos. Ama y serás libre, ama y vivirás sin ataduras y sin servidumbres.

Mejor: asentado en la verdad auténtica, te sentirás interiormente libre; vivirás la humildad de corazón, y ya sin ataduras, amarás de veras. En otras palabras: la humildad y el amor son la plenitud de la madurez humana psíquica y espiritual, que estrecha más los lazos fraternos.

Puesto que la conciencia y asunción clara de la verdad llevan a la libertad interior, y la humildad y el amor son reconvertibles, se puede decir: Sé libre y humilde de verdad y amarás en plenitud, sin barreras, sin poner límites.

Resumo: El templo preferido de Dios es el hombre, y el culto que quiere es culto al hombre, como dice el Señor.

¿No es esto creatividad elevada a lo máximo? ¿Podemos imaginarnos algo más sublime? (Me pregunto de nuevo: ¿Es razonable afirmar que la doctrina de Jesús ha sido superada por otras revelaciones “más maduras”?)

Si los cristianos y creyentes todos viésemos así al ser humano, entonces sí que seríamos fermento de transformación. Así se haría su deseo, así se cumpliría su voluntad en la tierra.

Y también en la Iglesia, que sería menos litúrgico cultural, menos “jerárquica” -¿esta palabra es compatible con el Evangelio?-, para convertirse en más fraterna, en más defensora y promotora de la dignidad y de los Derechos y Obligaciones del hombre. Es decir, seríamos más fermento transformador.

Sin embargo, la Iglesia, los creyentes seguidores de Jesús de Nazaret, somos lamentablemente demasiado pasivos ante el abuso y el atropello del hombre, templo de Dios. Demasiadas veces pasamos de largo, en silencio, ante la profanación de ese templo divino. Con nuestra pasividad o sólo meras palabras ocasionales dichas en voz demasiado baja, somos cómplices de esas profanaciones, al menos por omisión y silencio.

Cuando en algún lugar se profana un templo de piedra, nos alarmamos, lo denunciarnos y nos declaramos perseguidos... En cambio, frecuentemente callamos ante profanaciones más graves -abusos, violaciones, explotaciones...- del templo más sagrado, el ser humano, en el que el Señor tiene su morada.

¿Qué significa esto? Merece una reflexión a fondo, porque tal comportamiento pone en evidencia un sentido cristiano superficial -incluso en algunos dirigentes-, que poco tiene que ver con el Evangelio de Jesús y su Reino. (Recordemos de nuevo: Ética -y religión auténtica- es respeto a una jerarquía de valores.)

Por eso, permitan que insista: Entramos en flagrante contradicción, cuando nos manifestamos contra el aborto o el matrimonio gay, y aprobamos o callamos ante abusos sistemáticos graves: ante estafas o desahucios que dejan a una familia con niños en la calle, ante el paro o reducción de sueldos base de muchos trabajadores, que apenas les da para sobrevivir, y ante el aumento incontrolado e inmoral del sueldo de los altos directivos o consejeros, así como ante la venta de armas, o la declaración de guerras por intereses obscenos, que causan tantas **muertes y sufrimientos**, o ante especulaciones patológicas que arruinan a muchos para encumbrarse unos pocos... etc. etc. (¿Tiene sentido que un político se declare cristiano, visite monasterios, y se asocie a una guerra cruel, con muchas muertes inocentes, y luego sea acogido a comer en un monasterio...?)

Esto es una evidente contradicción que, si somos creyentes, cuestiona la autenticidad de nuestra fe -y de nuestra ética-, y que revela además que muchas veces utilizamos a Dios para nuestras míseras batallas humanas... contra el hombre que no piensa como nosotros. ¿Se puede entender que la Iglesia acoja en el templo o admita a la Eucaristía, en silencio, sin reparo alguno, y acaso acepte limosnas de quien especula sin ética, de quien expropia o explota injustamente al trabajador o de quien vende viviendas públicas a fondos buitres, o de quien se apropia fraudulentamente de bienes públicos, que están al servicio de todos?

¿Cómo entender la venta de miles de viviendas vacías y baratas -algunas también ocupadas y con hipotecas- **a fondos buitres**, cuya compra tiene como fin especular sin ética, por parte de señores gobernantes que se dicen cristianos? ¿Cómo explicar el **silencio** de la “jerarquía” eclesiástica en estos casos? ¿Cómo explicar y comprender el voto de muchos “cristianos” a estos gobernantes? Cuando nos confesamos, ¿qué clase de pecados confesamos y cuáles omitimos por inconsciencia o por deformación de nuestra conciencia cristiana? Actuando así, somos cómplices. ¿Somos conscientes de que, **sin reparación** del mal realizado, no hay enmienda real, y por tanto no es posible perdón alguno? Pensémoslo. Y son sólo unos ejemplos.

(Aquí algunos tradicionalistas dirán: La Iglesia no debe meterse en política... Yo les respondería: La Iglesia debe opinar sobre temas éticos y denunciar abusos y corrupciones que causan sufrimiento o injusticias que claman al cielo... La Iglesia no puede pasar de largo ante el sufrimiento evitable, si quiere ser fiel al Reino, si no quiere desacreditarse y perder credibilidad, si no quiere ser inútil...)

Sería bueno revisar nuestra rigidez mental y nuestros prejuicios -que a veces confundimos con fortaleza e integridad en la fe-, porque pueden deformar esa fe. En el fondo, todo esto también manifiesta que no conocemos todavía bien el espíritu del mensaje del Señor o que estamos a medio convertir al Reino, y que por ello la religión

que representamos sea muchas veces tan cuestionable, tan pasiva, tan rutinaria, tan poca luz, tan poco creíble...

Pero lo peor, tal vez, es que muchos no somos capaces de detenernos a reflexionar, humildes, acerca de esta situación incoherente... ¿Acaso por falta de conciencia de la necesidad de conversión?

Es muy importante que reflexionemos y nos concienciamos a fondo en este tema del culto, del auténtico culto, porque en él se encuentra una parte esencial del Mensaje evangélico. Por eso el subtítulo que sigue:

5. 5. Culto preferente: Los más débiles y necesitados

La asociación Reino y curaciones, Reino y ayuda al necesitado, al que sufre, que tan evidente se encuentra en el comportamiento y en el mensaje del Señor, debe formar parte esencial de la religión cristiana.

La asociación Reino y curaciones -liberar del dolor- es tan estrecha que Jesús mismo la defiende como signo de Dios. Jesús no curaba por arte de Belcebú, como le acusaron, sino porque Dios así lo quiere y está con Él. (Mc. 3, 22) Dios, como Padre que es, mira preferentemente por el necesitado y por el que sufre. Y esto debe ser un indicador -el camino- para sus seguidores.

El anuncio del Reino se realiza con la palabra, pero sobre todo se hace con obras, desde un testimonio de moderación de vida, sin afán desmedido de posesiones, ayudando y liberando del sufrimiento. Curar, liberar del dolor -de cualquier género que sea-, luchar por prevenir o evitar el sufrimiento, trabajar por el bienestar de todos... es también una manera de anunciar el Reino, que no se desentiende de los problemas humanos ni de las injusticias que se cometen y causan tanto dolor. La ayuda y promoción del necesitado, la lucha por la liberación del que sufre -de cualquier tipo de sufrimiento- es una tarea ineludible -diría que esencial- en el anuncio del Reino.

¡Qué actualidad tan acuciante presenta esta faceta del Reino que anunciaba Jesús, y cuánto descuido por nuestra parte -pese a Caritas, Manos Unidas etc.- con nuestro reino tan aburguesado, exhibido y medio oficializado en la Iglesia!

Como ya vimos, Jesús no denuncia el pecado como Juan, ni corrige pública y concretamente por pecados nefandos como Juan. Sólo denuncia y condena abiertamente la hipocresía moral y religiosa y el abuso del dinero, que causa tanto sufrimiento y miseria. Jesús se pone al lado del que sufre y del pobre.

Cuando dijo que ofrecía su vida para el perdón de los pecados, ¿a qué pecados en primer lugar se refería? Sin duda a los pecados que condenó más explícitamente: la avaricia, el dinero, el abuso del ser humano, la hipocresía, el escándalo... de tanta corrupción, del sistema que discrimina y hasta mata... (En este contexto, ¿sería muy

arriesgado decir que Jesús ofreció su vida para el perdón de esos pecados que le llevaron a la cruz, de los perversos que hacen sufrir a inocentes, que persiguen y matan, y de los mismos que, en nombre de Dios, lo llevaron al martirio, más que de los pobres “pecadores” con los que a Él le gustaba convivir y compartir?)

Tal vez podría decirse que tanto como ese tipo de pecados, Jesús denuncia las consecuencias del pecado: el orden injusto -tan escandaloso-, reinante en la sociedad, y que causa tanta muerte, tanto sufrimiento y miseria... El mensaje del Señor lleva en su esencia liberación del sufrimiento evitable. Basta consultar Mt. 12, 15 y 26-28 y Lc. 11, 20 para comprobar la asociación Reino y bienestar del hombre. Pensemos también en las Bienaventuranzas y en la parábola Venid, benditos... Pensemos en el Magnificat... Jesús sólo se manifiesta duro con los abusos del poder, con la falsedad, con la hipocresía, con el escándalo y con los que pasan de largo ante la necesidad.

Por eso -aunque lo que sigue signifique un cierto salto en el desarrollo del tema- es necesario reconsiderar algunos pasajes evangélicos, que parecen poco coherentes con la esencia de su mensaje innovador y con el proceder habitual del Señor, que se declaró manso y humilde de corazón, comprensivo, defensor del perdón sin límites, y de devolver bien por mal... Que asociaba su Reino con hacer el bien. Que no quería castigo para quien no lo recibiera. (Lc. 9, 53-56)

De ahí que sea necesario interpretar bien algunos pasajes de los Evangelios, que disuenan. Por ejemplo: La parábola de la red (Mt. 13, 47 ss.), que parece descontextualizada, como algunos otros pasajes evangélicos -el tiempo transcurrido entre Jesús y la redacción de los Evangelios, hizo perder el contexto- y Mateo en 13, 49-50 saca conclusiones, que, según algunos expertos, no parecen originales de Jesús.

La parábola de los siervos (Mt. 18, 33-35) también parece descontextualizada: Termina de modo punitivo -**estilo Juan Bta.**!-, muy lejos y contrario a los pasajes que preceden en ese mismo capítulo -oveja perdida, parábola del perdón...-, así como a los modos habituales del Señor y a la imagen comprensiva y amorosa de Dios Padre, el Dios de Jesús de Nazaret. Lo mismo cabe decir de la parábola del sembrador en Mc. 4, 12. Este versículo refleja el espíritu viejotestamentario, no el de Jesús. En el concepto del Dios de Jesús, Reino y V. T. son en bastantes ocasiones poco o nada compaginables. Por eso hablamos de un proceso dinámico, progresivo, de la revelación.

Algunas **disonancias** que se observan en el N. T., ¿no responderán -como sostienen bastantes exégetas-, al intento, de buena fe, de querer **compaginar** demasiado el Reino con el V. T., por parte de algunos conversos con mente viejotestamentaria, incapaces de entender bien al Señor, cuando el mismo Jesús los contrapuso: la Ley y los profetas **hasta Juan**...?

¿La mente viejotestamentaria del redactor de esos pasajes, y acaso la comunidad mayoritariamente hebrea, esculpida en la Torá -y en la Halaká: normas de

vida fundadas en la tradición-, a la que algún evangelista se dirigía, le llevaron a poner en boca de Jesús palabras con espíritu más propio del Pentateuco? En contraposición, recordemos a Pablo y su posición ante la Ley: lo viejo ha pasado, insistirá. (Aunque en este aspecto -la Ley-, Pablo también necesite alguna interpretación.)

Pese a ello, con interpretaciones de inspiración viejotestamentaria, que -sin duda de buena fe- **pretendían** compaginar, casi literalmente, la esencia del Mensaje de Jesús con la Ley, con el V. T., **se impuso, en parte, la idea tradicional de Dios, más parecida a la de Juan Bta.**, aunque se deformara la imagen del Padre anunciada por el Señor. Así, en mi opinión, se acomodó en exceso el V. T. y Jesús; **acaso también Juan Bautista y Evangelio.** De modo que parece que muchos entendían que la Ley y los profetas llegaban, *no hasta Juan*, sino **hasta Jesús y los apóstoles.** Tan grande fue el influjo viejotestamentario en la Iglesia del Señor, que se reflejó hasta en el arte. O tal vez mejor, ¿el arte refleja ese influjo viejotestamentario **excesivo** introducido en la Iglesia, como puede comprobarse en muchos pórticos de catedrales y de bastantes iglesias antiguas, que hoy comentamos con mucha naturalidad..., pese a que algunas figuras quizá sean poco armonizables con el espíritu nuevo e innovador del Reino?

Uno sospecha y se pregunta nuevamente si en la espiritualidad tradicional de la Iglesia y en el modo de concebir a Dios y de vivir la religión (sobre todo en algunas épocas) no hay demasiado influjo del concepto del Dios del viejotestamentario Juan Bautista y de la tradición, con lo que se rebaja -en realidad se deforma- la imagen del Dios de Jesús.

De esta manera se pusieron en boca de Jesús palabras ambiguas, intransigentes o contradictorias, cuando -como vimos- Jesús encarna una bondad, un equilibrio psíquico y moral, una transparencia diáfana -sí, sí...- y un concepto de Dios, que no encaja con la letra de esos pasajes de espíritu viejotestamentario. ¿Serán interpolaciones o meras interpretaciones de un seguidor de la Ley más que del Reino? Algunos pasajes de Hechos de los Apóstoles dan pie para hacerse preguntas como ésta, y merecen ser releídos despacio. Véanse He. 6, 7; 10, 15; 10, 28; 10, 45; 11, 2-3; 15, 1-7 y 23, 29)

La imagen de un Jesús incoherente no es aceptable de ninguna manera., por muy de buena fe que se transmitan o se hayan transmitido algunas palabras descontextualizadas, que no encajan con su espíritu. Una frase, interpretada fuera de su contexto, puede ser sometida a una interpretación contraria a la original; puede deformarse en su sentido auténtico.

Es para investigar a fondo -sería un deber- y estudiar esta posibilidad con detención, a fin de purificar más el concepto de Dios y volver al Dios Padre Madre del Señor. Como sabemos, cuando se escribieron los Evangelios -aun cuando se inspiran en fuentes escritas anteriores- habían transcurrido bastantes años desde la muerte del Señor -entre cuarenta y sesenta- y los primeros cristianos ya habían

interpretado a Jesús y su mensaje, en parte, desde su perspectiva y condicionamiento mental viejo testamentario.

Como acabamos de ver, los pasajes de Hechos, 6, 7 y 11, 2-3: la conversión de muchos sacerdotes y fariseos a la fe, con sus esquemas y creencias viejotestamentarios, da pie para hacerse preguntas de este tipo. Interpretaron a Jesús desde sus esquemas mentales y religiosos lo mejor que pudieron y eran capaces de entender y asumir..., lo que a veces conllevaba discrepancias de criterio y una pérdida de la innovación de Jesús, de la que quizá bastantes discípulos eran poco conscientes. (Recordemos de nuevo lo ocurrido en el concilio de Jerusalén y sus acuerdos...)

En esta línea de interpretación quizá puedan servirnos -para entenderla bien- las palabras de la carta de Santiago, 1, 27: “La religión pura y sin mancha -sin interpretaciones personales?- delante de Dios Padre es ésta: visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones -es decir, ayudar, liberar del sufrimiento- y guardarse sin mancha del mundo”, -es decir, sin acomodados o interpretaciones aburguesadas. Así como también pueden servirnos las palabras de Hebreos 13, 16: Hacer el bien y ser solidarios son los sacrificios que agradan a Dios.

La religión, el anuncio del Reino, tienen que estar más implicados en la liberación del dolor y de la opresión, del abuso..., y así transmitir una imagen más auténtica de Dios. Ahí está el ejemplo de Jesús, que pasó haciendo el bien, comprometido con el necesitado, identificado con él y curándolo, al mismo tiempo que anunciaba el Reino...

Lo recuerdo de nuevo: Cuando Juan Bautista envió discípulos a preguntarle si era él..., Jesús se limitó a responderle con curaciones, con hechos de ayuda y liberación del dolor. ¿Acaso esta respuesta no parece confirmar lo que estamos diciendo?

Este mensaje de liberación espiritual y psicofísica requiere mucha entrega, exige mucho compromiso, mucho valor, mucho amor y fe, pues en parte implica el intento de romper condicionamientos y pautas establecidas, que no responden al espíritu del Maestro. Quizá sea ésta la puerta estrecha de que nos habla el Señor y por la que muchos de sus seguidores no quisieron o no fueron capaces de entrar..., y otros la ensancharon, la ensanchamos... Y al ensancharla, se colaron, colamos componendas y acomodaciones...

Resumo: Jesús y su Reino son inseparables del compromiso por la liberación del hombre de las opresiones que lo rebajan y hacen sufrir. El Reino es apertura a Dios, pero también es mirar por el ser humano aquí, liberarlo del dolor y de normas opresoras; y unidos en la lucha, procurarle un bienestar digno en la tierra. Esto es amor caridad. De nuevo, pensemos en el criterio de salvación del “Venid, benditos...”, que tanto sugiere. Nuestro culto preferente debe dirigirse, en primer lugar, al necesitado. Pero no sólo para aliviarlo, sino más bien para que no se vea en situación de necesidad, que genera humillación y sufrimiento.

5. 6. Religiosidad festiva, no penitencial

No triste religiosidad proyectada hacia el exterior, sino religiosidad acogedora y transformadora, alegre, festiva e intimista. (33)

Frente al concepto de Dios duro de Juan Bta. y a su vida penitente y eremítica, Jesús -lo repito una vez más- lleva una vida normal: viste como todos, come, bebe, asiste a alguna boda en la que sorprendentemente regala vino de calidad para dejar bien a los novios y no entristecer la fiesta, compara el Reino con un banquete, le gusta que se le acerquen los niños y hablar con ellos, conversa en público con mujeres -cosa inimaginable en aquella sociedad-, valora y admite en su compañía a las mujeres, come con pecadores y se hospeda en su casa; en una comida como invitado se deja lavar los pies por una prostituta arrepentida, sus discípulos no ayunan, alaba y pone como ejemplo a un samaritano considerado como hereje por los judíos -lo que prueba que para Jesús la conducta es más importante que las ideas y creencias-, acoge con bondad a una adúltera, no expulsa ni condena a quien sabe que le va a traicionar, perdona y disculpa siempre, incluso en la misma cruz; a una mujer, M^a Magdalena, le encomienda la misión de comunicar a los discípulos la gran nueva, festiva, de que vive...

En suma, Jesús lleva una vida entregada a Dios y al Reino, pero al mismo tiempo normal, sencilla, bondadosa, llena de paz, libre, fuerte, inteligente y humilde. Casi todos sus milagros van dirigidos a liberar del sufrimiento, lo que es muy significativo. Cita en algunas ocasiones palabras del V. T., como “misericordia quiero y no sacrificio” (Mt. 9, 13 y 12, 7) para defender su estilo de vida ante los que sólo admitían la ley y los profetas de un modo restrictivo.

Jesús presenta a Dios como Padre y Madre, que festeja el retorno de un hijo perdido, y enseña que Dios siente preferencia por los más débiles, por los que sufren y por los descarriados. Es decir, por los que no pueden, razonablemente, vivir siquiera un poco mejor.

Al mismo tiempo que no llama la atención por su penitencia, Jesús enseña que cuando se ayune se disimule, que no se advierta: “unge tu cara...” Y la oración que sea discreta, a solas, en intimidad con Dios Padre. (Mt. 6, 6)

Qué diferencia de Juan Bta., que llamaba la atención con su vida penitente, austerísima, y con su predicación, que presentaba la imagen de un Dios castigador, duro. Con una religión vivida como una relación de respeto y temor más que de confianza.

Jesús habla de Dios Padre, que ama y acoge, que perdona y nos espera. En aquella sociedad religiosa tradicional, Juan despierta conciencias y atrae a muchos, aunque también suscita reparos entre los dirigentes, pero no los escandaliza. Su Dios y su religión se hallan en la línea viejo-testamentaria tradicional.

Jesús, en cambio, innova, cuestiona valores tradicionales, enseña un tipo de religión que surge de lo más íntimo, que es más auténtico y no para la galería; se muestra más cercano al hombre y a sus problemas, más comprometido con el necesitado. Critica normas religiosas superficiales o pesadas, y advierte que su yugo es suave y su carga ligera, aunque no por ello quita el peso del esfuerzo personal que exige su seguimiento. Jesús no pide penitencia personal, pero sí llevar con fortaleza la cruz de cada día. Su ascesis es superar el egoísmo íntimo y liberarse de los apegos que impiden una relación desprendida y cordial con todos. Su ascesis llega incluso a la liberación interior de normas y de tradiciones que limitan o someten e inferiorizan al ser humano. Ascesis nada fácil.

Por todo ello, los dirigentes lo rechazan. No admiten innovaciones ni reformas que suavicen la tradición. No las entienden ni les interesan. La tradición sacralizada - y los intereses de poder- siempre cierran puertas y reaccionan contra el innovador, que pide cambios renovadores y humanizadores más auténticos.

Es cierto que a una mente conservadora y tradicionalista no resultaba fácil -ni aún hoy- entender bien al Señor. Su novedad y su profundidad eran tales que sus discípulos -incluida gente más cultivada, como Nicodemo- tampoco lo entendían bien. Los condicionamientos mentales en que habían sido formados no se lo permitían. Necesitaban más tiempo y una reflexión más lúcida y más libre. Esto lo entendió muy bien el Señor, por eso su comprensión con ellos. El mensaje de Jesús requiere tiempo para captarlo en profundidad y en toda su riqueza. Requiere renacer -pensar y vivir de otra manera-, y esto exige liberación y tiempo, más de lo que tal vez hemos creído. Quizá, probablemente, aún hoy no lo hemos entendido del todo. El Reino lleva cargas de profundidad que requiere tiempo para comprenderlo plenamente. Requiere un hombre nuevo más maduro y más libre de los condicionamientos de la tradición, de fórmulas viejas de pensamiento.

El hecho de la aparición, **hace sólo unas décadas**, de la **teología de la liberación**, con una visión relativamente nueva respecto a la teología tradicional, y que no es otra cosa que un retorno al Evangelio de Jesús de Nazaret -aunque esa visión tenga algún precedente en Juan Crisóstomo, por ejemplo, así como también en los profetas; profetas que vivieron en muchos casos al margen de la jerarquía sacerdotal y a la que algunas veces criticaron duramente-, y la consiguiente oposición y condena, por parte del sistema eclesiástico dominante, tradicional conservador, ¿no sugiere lo que venimos diciendo?

La base evangélica, e incluso profética, de esa teología es muy sólida. Sin embargo..., fue rechazada y en parte descalificada -no me refiero a los excesos extremistas de algunos- por el actual sistema religioso conservador... Y esta teología de la liberación -liberación de normas injustas y opresoras, del sufrimiento, de la indigencia...- ¿qué significa sino un reclamo y un compromiso en pro de una vida más digna, sin sufrimientos evitables, más alegre y festiva?

Pregunto de nuevo: ¿Esto no parece indicar que vamos descubriendo y entendiendo mejor el fondo del Mensaje de Jesús a través del tiempo? Y que, puesto que el Espíritu sopla donde y como quiere -recordemos de nuevo el capítulo 10 de Hechos-, ¿no cabe pensar que los servidores no siempre entendieron bien, desde un principio, ciertos detalles importantes del Reino y del Plan de Dios en la tierra? ¿No caben aquí las palabras de Hebreos, 5, 11-14: Sois lentos para entender... (que nadie se excluya); **deberíais ser maestros...**, pero estáis necesitados de leche y no admitís alimento sólido?

Las ideas y enseñanzas básicas de Jesús, las **nucleares** y fundamentales, son claras, sencillas y optimistas, pero si no se oscurecen o enturbian con ideas antropomórficas del V. T. -ideas superadas o corregidas por el mismo Jesús-, o por interpretaciones de la tradición estática o penitente, sometida a los prejuicios e intereses religiosos y sociales de cada época. La historia de la Iglesia nos enseña que la imagen del Dios de Jesús y del Señor y su Mensaje no sólo no estuvo totalmente clara desde un principio, sino que con el tiempo se fue ensombreciendo en algunos aspectos importantes por intromisión del poder del sistema social, y del religioso, anclados en la tradición. De ello hoy somos más conscientes que en otros tiempos; tiempos incluso bastante próximos.

Pues bien, si esto ha ocurrido -ocurre- con actitudes y enseñanzas importantes, no debería sorprendernos que necesitemos más tiempo para asimilar otras menos nucleares, aunque también importantes, en el mensaje del Reino. Por ejemplo, la espiritualidad renovadora, festiva y profunda -no superficial ni penitente-, que el Señor propuso.

Para el conservador es más importante una espiritualidad tradicionalista y penitente -de origen **pre cristiano**- que una espiritualidad alegre, festiva e innovadora, más auténtica. La espiritualidad penitente es más propia de Juan Bta., más propia de un concepto negativo del cuerpo -en el que encaja bien un concepto expiatorio de la cruz-, que del Jesús del Evangelio, nada amigo del dolor humano evitable.

5.7. El amor como enseña (la Eucaristía y la cruz como expresión de amor)

La esencia de la religión -religación- de Jesús es el amor. El amor es el que verdaderamente religa y crea unión.

La unidad que quiere el Señor debe fundamentarse en el amor como signo y testimonio para que crean en Él. La unidad del amor -más que de ideas o creencias- es el mejor y más eficaz testimonio en el anuncio del Reino. (Recuérdese una vez más la parábola del samaritano y qué representaba éste con sus ideas y creencias..., y sus **obras**, por las que Jesús lo puso como modelo...).

El amor es la norma, el amor es la Ley. En el Reino, en el mensaje del Señor, ese amor es donación, es apertura y dedicación al hombre -el valor superior aquí en la tierra-, y por tanto ese amor también se manifiesta como libertad interior, que interpreta la Ley en función del hombre. Y que se sitúa sobre ella, a fin de que la ley no lo someta ni agobie. El amor reclama y genera libertad y liberación y bienestar, también interior. Por eso decía S. Agustín (lo recuerdo de nuevo): “Ama y haz lo que quieras”. Es decir, el amor es la ley; interpreta, pues, las circunstancias en función del amor al hermano. Cuando Jesús se permitió criticar el exceso de normas “religiosas” que sometían al ser humano, representadas en el sábado, inició ese camino de libertad y liberación en la autenticidad del amor.

En el Reino pon mucho amor y poca norma. Quien ama y vive en libertad interior, quiere y necesita libertad para poder amar al margen de las normas, en autenticidad, porque muchas veces la ley, como la obediencia, limitan. El amor es poco compatible con la interpretación rígida de la ley. En el mensaje cristiano el amor es la esencia de la ley. (Otro rasgo más de creatividad.)

Esto lo entendió muy bien el autor de la carta de Santiago, cuando hablaba de “la perfecta ley, la de la libertad...” (Sant. 1, 25), pues esa ley de la libertad es el amor. Con él se valora, con él se juzga. (Sant. 2, 12) Con él se salva y redime.

Realmente en el Reino el amor es la enseña, no la cruz en cuanto cruz. El amor y la fidelidad al anuncio de la verdad del Reino, que rompe con el sistema religioso tradicional muy deformado, es el que da valor a la cruz. La cruz debemos verla y contemplarla, como la **consecuencia** del anuncio de la verdad del Reino, que es **innovación** que rompe con tradiciones e intereses del sistema religioso tradicional, que dominan y someten al hombre; y también como denuncia persistente y solidaria con los crucificados de la tierra, no como instrumento de expiación.

Jesús insistió mucho en la primacía del amor, tanto que al final de la última Cena, se vuelve reiterativo, como si se tratara de una idea fija en Él:

-Un precepto nuevo os doy, que os améis como yo os he amado... (Jn. 13, 34-35 y 15, 10-17) De nuevo creatividad y de alto nivel.

-Permaneced en mi amor... (Jn. 15, 9)

-Que sean consumados en la unidad (Jn. 17, 20-26), que es amor en convivencia.

-Padre, que sean **UNO**, como nosotros... **para que el mundo crea...** (Jn. 17, 11).

(Sin el testimonio de la unión en el amor no somos creíbles. Esto deberíamos tenerlo muy presente cuando hablamos o anunciamos a Dios.)

Es muy fuerte y elocuente esta súplica **reiterada** -en la que, a mi juicio, se encuentra una profecía implícita, una previsión-, que debería hacernos revisar nuestra historia, nuestras ideas, nuestras estructuras y nuestra misma conducta. Apegados a

identidades menores -a grupitos o iglesias en contraposición a otros grupitos o iglesias..., que muchas veces han rivalizado entre sí-, se debilita el sentido de unión sustancial en torno al Señor.

No somos de Pedro ni de Pablo ni de Domingo ni de Francisco ni de Ignacio ni de Teresa..., ni de Lutero..., ni de Oriente ni de Occidente... Somos sólo seguidores unidos en torno a Jesús de Nazaret. No exaltemos al que únicamente es siervo, como si fuera el Señor; siervo que a veces se equivoca y no siempre entiende bien el Reino. Siervo que a veces quiere ser el primero e imponer sus criterios, en vez de escuchar más humildemente y aprender... (Sería interesante un estudio acerca de errores o excesos interpretativos de pasajes evangélicos de los santos fundadores de órdenes o congregaciones religiosas, sin duda realizados con buena fe..., pero limitados por su tiempo y por su personalidad.)

Ni tampoco exaltemos tanto nuestras raíces históricas y nuestras tradiciones doctrinales que lleven al alejamiento, a la separación, porque separados no damos testimonio del Señor, y hacemos más difícil que el mundo crea. Separados, no somos buenos discípulos ni buenos representantes del Señor. Separados, perdemos autenticidad. La autoridad, como la ley, como las normas, debe ejercerse en función del hombre y del creyente, en el amor y en la unidad que inspira el amor. La autoridad -servicio con amor- para el creyente y para dar testimonio ante el mundo; no el creyente para la autoridad, que sería otra versión del sábado. La libertad del amor quizá tenga algo que decir aquí...

Como vimos, no es posible la libertad del amor sin una base sólida de humildad, que hace tanta falta, que es imprescindible para servir y vivir unidos. Sin humildad no es posible el servicio, pues acaba convirtiéndose en poder y luchas de poder..., y termina reformulando estructuras y creencias que refuercen ese poder. Sin humildad no es posible la unión. Sin humildad no es posible el amor. ¿El amor auténtico, que propuso Jesús, es posible en la desunión, que se aparta, que discrimina, que no revisa las causas ni siquiera las estructuras que propiciaron esa desunión, y perseveran en las rivalidades o en prejuicios ancestrales? ¿Cuando perseveramos en la desunión y descalificamos, y decimos que nosotros somos los auténticos, los “puros” -recordemos las divisiones por “pureza” de la sociedad de Israel en tiempo del Señor-, tomamos **en serio** esa súplica tan reiterada de Jesús?

Merece la pena repensar todo esto de nuevo, como piden muchos creyentes hoy. Los tiempos lo reclaman. La fe y el amor en y al Señor hacen hombres nuevos..., que como tales revisan decisiones y criterios involutivos -tal vez muy prejuiciados, poco ejemplares-, del pasado y del presente.

Volviendo a la súplica reiterada del Señor Jesús sobre la unidad, cabe añadir que en la práctica el precepto -mandamiento nuevo y básico- y la súplica insistente de unidad, **aún no se han entendido y asimilado bien entre los cristianos**. Desde los primeros tiempos -aparte de la tradición- se ha atribuido tanta fuerza y prevalencia a la unidad y a la convergencia **teóricas** -a la unidad teórica en la que caben perspectivas

distintas-, que **se ha descuidado la esencia** del Mensaje del Señor: el amor y la unidad en el amor, que es amor y servicio humilde, acogedor, integrador.

La esencia de la ortodoxia es el amor y la unidad en ese amor. Es decir, la esencia de la ortodoxia de Jesús de Nazaret es la ortopraxia (Perdón por tanta insistencia en esta idea, pero no me importa repetirla una vez más.) Esta unidad constituye un principio-mensaje esencial del Reino, del Evangelio de Jesús de Nazaret, que -repito- aún no hemos entendido bien los seguidores del Reino.

Pues esa unidad, tan **esencial, todavía no se cumple después de veinte siglos**. ¿Por qué? ¿Sólo por ideas, por interpretación ciega o interesada del poder? ¿Por no ser capaces de concebir el poder como amor y servicio humilde en unidad? ¿No habrá aquí una siembra de cizaña introducida en el campo del Reino, que aún no somos capaces de discernir adecuadamente? ¿Tan limitados somos que requiere tanto tiempo para entenderlo? ¿Nos sobran prejuicios y nos falta humildad para poder verla y reaccionar...? ¿Nuestra tibia conversión interior obedece, en el fondo, a falta de humildad y de sentido fraterno, igualitario, de familia? ¿Por eso creemos y amamos tan poco, tan poco unidos? ¿Qué quiso decirnos el Señor, después de lavar los pies a sus discípulos, con la pregunta sobre si habíamos entendido bien lo que acababa de hacer?

Sin humildad -que es madurez- no es posible entender a fondo el Reino, ni vivir unidos de corazón en la diversidad, ni amar de veras, sin límites, sin poner fronteras, sin condenar, sin excluir. Sin humildad acabamos convirtiendo el servicio en mando jerárquico que demanda un trono y el consiguiente sometimiento, y lo justificamos, acaso siguiendo prejuicios históricos, cegadores.

Ante la realidad concreta, evidente, de luchas y desuniones e intolerancias históricas entre seguidores del Reino, y cuyas consecuencias aún perduran, ¿alguien podrá sostener razonablemente que **todo** el Mensaje del Señor fue siempre bien comprendido y enseñado?

¿O más bien la historia nos está sugiriendo que comprender y asimilar bien todo el mensaje del Señor **requiere tiempo** y, dadas nuestras limitaciones y condicionamientos mentales y emocionales, en algunas cosas **mucho tiempo**, incluso para la llamada Iglesia docente? Que no siempre se ha comprendido bien el Reino, el mensaje del Evangelio en algo tan esencial, está claro. La historia, maestra de la vida, nos lo demuestra reiteradamente. Los excesos de autoridad, o de jerarcas más que de servidores, y las consiguientes desuniones entre cristianos son un ejemplo lamentable de infidelidad -y de **mala comprensión**- del mensaje y del seguimiento correcto del Señor.

Es un **escándalo** gravísimo continuar con nuestra desunión práctica como seguidores del Señor Jesús, por exceso de egos, de tradiciones seculares antiguas y medievales sacralizadas; por exceso de tronos, de tiaras (sobre todo en algunas Iglesias) y de rigideces, y por falta de servidores humildes, lúcidamente humildes, que amen la sencillez de tratamientos, de ritos, de vestimenta... (Digo tratamientos,

ritos y vestimenta..., porque también éstos condicionan y encumbran egos...) En suma, que sean capaces de servir -y de despojarse de ornamentos, hoy además ridículos- empezando por el servidor de servidores.

Sin esa unión no damos el testimonio debido, y anunciaremos mal el Reino. Lo que hará más difícil creer. (¿Esto no recuerda palabras muy duras de Jesús acerca de los que escandalizan, pregunto de nuevo?)

Los intereses y condicionamientos socio-históricos de cada época nos lo han impedido en muchas ocasiones. Por eso aún hoy nos hallamos sin cumplir ese mensaje y mandamiento **fundamental**. Y esto es culpa de todos, que nadie se excluya. Todos somos responsables, empezando por los que mandan, si no sirven humildes, si no son capaces, mental y cordialmente, de lavar los pies -o se dejan lavar los pies- a todos los hermanos. Las palabras del Señor a Pedro: Esto **lo entenderás más tarde**, ¿se refería sólo a Pedro o también a los futuros Pedros y “patriarcas” etc.? (¿A veces no se ha concebido-identificado el “patriarcado” con un patrimonio personal?)

¿Esta desunión, **tan escandalosa**, no está demandando un **concilio universal** en el que, de alguna manera, participen todos los creyentes en Jesús de Nazaret, y se comprometan -humildemente y sin prejuicios históricos- a no clausurarlo hasta que no descubran el punto de encuentro y de unidad que tanto suplicó el Señor? ¿No es hora ya de intentarlo de veras y de acabar con este escándalo, y si los que sirven no son capaces, se pregunten humildes si son servidores útiles para ejercer ese servicio?

Más aún: ¿no cabe decir lo mismo de **todas las religiones**, cuyos representantes, reunidos en fraternidad, busquen **temas de encuentro y de acción en común a favor del hombre y mujer**, más allá de creencias, del lugar de culto, de ritos, de fórmulas, de rigideces, de fanatismos y de intolerancias cerriles, que llevan a proclamar que la verdad completa y definitiva la tengo sólo yo...? ¿No es más acertado decir que la verdad -Dios- se encuentra en el amor, en la unión en el amor y en la libertad -que puede manifestarse en la diversidad- que genera el amor?

Se necesita más conversión interior al Reino para entenderlo bien. O mejor, se necesita entender bien el Reino para que se pueda producir una conversión interior auténtica. Y esto, como digo, requiere humildad, reflexión lúcida y tiempo, que permitan **liberarnos de condicionamientos** -culturales, doctrinales, históricos, étnicos- excesivos. Según nos enseña la historia, a Jesús no se le entiende bien en todo desde la primera generación. La venida del Espíritu iluminó y fortaleció, pero parece que dejó que la comprensión absoluta del Reino siguiera su propia dinámica en la historia, según el ritmo de nuestra maduración psíquica, espiritual y social.

Una de las cosas que tal vez haya que entender mejor es que la unidad, que Jesús reclama y suplica tan intensamente al Padre, es la unión en el amor y en la convivencia, no tanto en las ideas, interpretaciones o creencias...: Por eso, tradición, revelación, virginidad, filioque, primado, pecado original, sacramentos, papel de las

mujeres en la Iglesia, infierno, infalibilidad, moral -aspectos concretos como control **responsable** de natalidad, separaciones y divorcios etc.- no deberían ser fuente de conflicto y separación, de desunión. Las diferencias de interpretación en estos temas son menos importantes que la unión en el amor y la convivencia fraterna en armonía en torno al Señor.

Que algunos de estos y otros temas **todavía hoy** no estén claros, maduros, en la Iglesia, como reconocen muchos de los mismos servidores docentes, ¿qué está sugiriendo? ¿No confirma algo que venimos diciendo: que el Mensaje del Reino aún no ha sido comprendido en su totalidad?

¿Por qué no aplicar la parábola del trigo y la cizaña al caso de la unidad en el amor más que en las ideas y creencias distintas, aunque sea con mucha prudencia? ¿Por qué “arrancar” -antes de que maduren- la diferencia de ciertas ideas, interpretaciones, creencias en cosas de menos importancia que la unidad en el amor? ¿Por qué mirarnos mal, con tantos prejuicios históricos... -tan alienadores, y de los que tal vez somos poco conscientes- que nos llevan a despreciar, reprimir, relegar, silenciar, distanciarnos, e incluso a poner fronteras, aún hoy?

(Así, entre paréntesis, una pregunta más: ¿No hay aquí un fondo, difuminado, tal vez ya inconsciente, de etnicismo o de nacionalismos históricos, que ahogan un principio esencial en el cristianismo, en nuestra fe y seguimiento de Jesús de Nazaret, y que podríamos considerar también cizaña?)

Jesús fue tolerante con los saduceos -no me importa volver a recordarlo-, que negaban algo tan sustancial en la fe como la resurrección, la vida eterna. No los atacó ni los condenó por ello. Se limitó a decirles que estaban equivocados, con una actitud que parece muy comprensiva...

El Señor no censuraba herejes ni se alejaba de ellos, a veces incluso los valoraba en lo que tenían de ejemplar: La parábola del buen samaritano es un ejemplo bien elocuente, recuerdo una vez más.

A la mujer samaritana del pozo de Sicar, ante una cuestión de creencias o interpretación, se limita a decirle que esa disputa no es importante y que no está bien planteada. “Ni aquí ni en Jerusalén. Los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad”. (Jn. 4, 23-24) Es decir, en autenticidad, no con ritos y devociones externos, no en templos de piedra ni en lugares especiales...

En otras palabras, el testimonio de seguimiento se da especialmente en la unión en el amor mutuo, libre, de corazón, no en primer lugar en las creencias, o las normas, ritos o lugares comunes de culto... El culto se da allí donde se reúnan varios en nombre del Señor. Jesús da menos importancia a ciertas ideas, interpretaciones, lugares y creencias que a las conductas... No condenó ideas, ni siquiera las creencias saduceas -insisto-, ni la postura religiosa de los samaritanos; pero sí condenó la hipocresía y la conducta soberbia, acaparadora del poder, egoísta, ostentosa, que se

encumbra, o que acumula a costa de otros, o que separa, que relega, margina, carga con pesos duros, así como la conducta que escandaliza o hace sufrir al ser humano...

En esta perspectiva, ¿no cabe preguntar -insisto- si Jesús, con el anuncio del Reino, transformó de hecho y enseñó un orden ético nuevo -una jerarquía nueva de valores-, que de alguna manera revisa incluso la **jerarquía** del mismo Decálogo? ¿Qué sugiere que fuera más comprensivo con algunas ideas y creencias religiosas, como las de los saduceos, o con los pecados del sexo -mujer samaritana, mujer pública arrepentida por la que se dejó lavar los pies, mujer adúltera a la que no condenó...-, y sin embargo fuera muy duro y rechazara explícitamente la ostentación -recuerden las filacterias-, la avaricia, el abuso del poderoso, la hipocresía, el escándalo público inmoral, o el pecado de resistencia, de oposición contumaz contra el Espíritu de Dios, que es Espíritu de Unión en el amor?

¿Con ese “**ay de vosotros**” contra los que despojan o acumulan sin medida, o con el “**más le valiera**” contra los que escandalizan, no está señalando un orden ético nuevo, que supera o perfecciona la jerarquía del mismo Decálogo, la Ley? Entre esos **escándalos**, que Jesús condena, ¿no debería incluirse la corrupción pública -robo social-, que conduce a tantos recortes..., y que afectan siempre a los mismos, a los indefensos, con los que Él se identifica? ¿Y también el escándalo de la separación y hasta de enfrentamientos entre los seguidores del Señor?

Según la jerarquía ética de Jesús de Nazaret -tras el pecado directo contra Dios Padre-, éstos serían -son- los pecados más graves, más “mortales”. ¿Ésos no son pecados “semejantes” a los que van contra el primer mandamiento?

Pensémoslo humildes, libres de prejuicios, porque con el catecismo acaso estemos transmitiendo y “formando” conciencias desde tiempo ha..., con una **jerarquía** de valores éticos -¿y dogmáticos?- poco evangélica.

Lo importante para el Señor es el trato justo, es la solidaridad -sobre todo con el necesitado-; es el amor al hermano y la unidad en ese amor. Para Jesús el amor es el verdadero mandamiento; y las personas, más importantes que sus ideas, (ideas que frecuentemente son provisionales, al menos en su formulación, como es el caso del templo y del lugar del culto..., y tantas ideas más, aparecidas a lo largo de la historia religiosa eclesiástica...). Y por supuesto, el amor es más importante que la tradición y los intereses, aunque algunos los llamen sagrados o derechos adquiridos inalienables... ¿Por qué Jesús propuso como mandamiento **nuevo** el amor, y su propio amor como **referencia fundamental** a seguir?

Ahora bien -y dando un pequeño salto en el tema-, ¿qué sentido tiene pedir amor al hermano -y unidad en ese amor- en una sociedad **salvajemente competitiva**? Aquí se encuentra implícita otra carga de profundidad, que pretende renovar ese vicio-error de concepto y de valores. Jesús no quiere competitividad que conduzca a estratificar la sociedad -otro modo de desunión-, a salvajismos, al

atropello y a manmón... El Señor propone cooperación y la superación de intereses o el crecimiento personal desde la colaboración, es decir, desde el desarrollo y sentido de unión como grupo fraterno. Por eso en la oración que nos enseñó insiste tanto en el “nuestro”.

Pues bien, todo esto supone un grado de evolución y **madurez moral y psíquica**, que todavía no hemos logrado (como aún no hemos logrado la unión entre los creyentes cristianos.) La ética que propone Jesús es sustancialmente colaboración social responsable y solidaria, que conduce al desarrollo y al crecimiento-maduración personal y colectivo. (Colectivo, que no quiere decir colectivismo, que diluye la persona en una especie de “panteísmo” social o estatal.)

Y es que la cooperación, el sentido de cooperación solidaria, aproxima y enriquece, refuerza el sentido personal y el sentido de un nosotros, y esto desarrolla el respeto mutuo, que genera acogida y acaso sentido de fraternidad. Lo que puede propiciar una mayor comprensión y un más fácil **trabajo en unidad** en determinados campos sociales.

Esta perspectiva es aplicable a las religiones y a la misma espiritualidad: Las religiones no deben ser competitivas, sino cooperadoras en la unidad del amor o al menos del respeto mutuo, empezando por rehabilitar al pobre y dignificar al hombre. Aquí pueden y deben colaborar juntas. (En mi opinión, esto es lo que de verdad las hace creíbles, fieles -o infieles- ante Dios.)

Una sociedad competitiva, que trate de imponerse y **ganar a toda costa**, crea desunión, no es una sociedad cristiana, por muchos templos que levante... Una religiosidad sin solidaridad -amor operativo-, que no se esfuerce por **cambiar** -no sólo aliviar un momento- situaciones que generan miseria, es pura fachada y conversión a medio hacer, aburguesada, como mucho. Una religión que, abierta o solapadamente, encumbra el ego -aunque sólo sea el ego de grupo-; una religión que no da testimonio de vida desprendida, moderada, humilde y solidaria; una religión que fomenta prejuicios, intransigencias o rivalidades, es contraria al amor y a la unión en ese amor que Jesús tanto deseaba. (Permítase este paréntesis: ¿Un nacionalismo -palabra y construcción social efímera, caduca-, que genere rivalidades, diferencias de clases, privilegios o separaciones de hecho, puede ser apoyado por un cristiano que quiera ser fiel seguidor de Jesús de Nazaret?)

La interpretación que hace Max Weber acerca de las bases cristianas del capitalismo, y el desarrollo consiguiente, podría ser en parte -sólo en parte- aceptable; pero advirtiendo que se trata de un cristianismo burgués, cuando no puritano y en cierta medida discriminador y extremista, con fuertes resabios de algunos pasajes **viejotestamentarios**, que interpretan el éxito -sin reparar en su origen y en los medios utilizados- como una señal de predestinación por parte de Dios. Así Calvino y otros... No Lutero, que, pese a sus graves incoherencias con los explotados campesinos, se posicionó claramente contra el capitalismo incipiente de su tiempo.

Pienso que está muy claro que el capitalismo carece de auténticas bases cristianas; más aún, el capitalismo -el neoliberalismo actual-, se encuentra señalado y rechazado expresamente, como inmoral y anticristiano, en las determinantes palabras de Jesús: No es posible servir -compaginar- a Dios y el dinero. Porque el dinero discrimina, separa, maltrata, impide la unión y el amor.

Una cosa es que el capitalismo tenga alguna raíz propia de un cristianismo extremista o burgués -que trata de compaginarlo todo-, o de que Calvino revalorizara, y con razón, el valor del trabajo que dignifica, y otra muy distinta es el cristianismo auténtico de Jesús de Nazaret, que fundamenta la unión en el amor, en un amor solidario e integrador.

En efecto, ese cristianismo, extremista o burgués, poco tiene que ver con el Jesús del Evangelio, fraterno y solidario, que en las Bienaventuranzas se acuerda en primer lugar de los pobres; que no discrimina, que recomienda vivir razonablemente al día, desprendido y con confianza, y sin acumular en graneros. (Cosa razonable dentro de una sociedad más igualitaria, más justa y solidaria, que está por venir.)

Si queremos hablar de bases cristianas en los movimientos modernos, pensemos más bien en los principios fundamentales de la Revolución francesa, en la Declaración de los Derechos Humanos, incluso en algunos principios del marxismo. No en el capitalismo, que en su versión actual es depredador, carece de sensibilidad humana, carece de ética. Siembra desunión y levanta guetos.

La relación Dios y Hombre, Reino y religión se autentifica y certifica en el amor al hermano, en la vida como servicio y espíritu de cooperación fraterna, responsable, que lleva en sí desarrollo humanizador y crecimiento constante, sin límites ni fronteras, sin separaciones, sin discriminaciones ni privilegios injustos...

En su esencia el capitalismo burgués, y sobre todo el actual neoliberalismo sin ley, que tiende a reducir el Estado y a sustituirlo lo más posible -recuérdense algunas ideas en este sentido de A. Smith o de Mandeville o más recientemente de Freedman-, no son cristianos ni siquiera verdaderamente humanos, por mucho que los quieran revestir de progreso... Y no son cristianos ni humanos, porque carecen de ética. Porque instrumentalizan al ser humano, como si fuera un mero objeto. Y porque, además, utilizan y prostituyen palabras nobles y fundamentales, como unidad o libertad, para transmitir información manipulada con medias verdades, cuando no falsas, con el fin de dominar, de manipular mentes o de encubrir sus verdaderas intenciones depredadoras, sin ética.

Con razón Benedetti habla de “**canibalismo económico**”, que es justamente la antisolidaridad, que es la antiética, que es el antiamor. Que es, en suma, el Ego endiosado, obcecado, elevado a un trono, inconsciente de que se asienta en bases efímeras y con pies de barro. ¿No hay en ese canibalismo, a menudo encubierto, algo de patología -aparte de una gran dosis, tal vez poco consciente, de **adicción** morbosa-, aunque muchos no la consideren tal? Más aún, ¿ese canibalismo económico no es “**el peor terrorismo**” llevado a cabo por el neoliberalismo contemporáneo, como

diría el papa Francisco? Estas últimas reflexiones nos introducen ya en el siguiente capítulo.